



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Ganador del Reconocimiento al Mérito Estatal de Investigación 2014 en la Subcategoría de Divulgación y Vinculación

—Personalidad de dos importantes padres de la iglesia: San Agustín de Hipona (en Occidente) y San Juan Crisóstomo (en Oriente)

María Luisa Franco Brizuela

Un tema interesante y poco conocido –quizás olvidado por muchos– es la Patrística o Patrología, la ciencia que tiene por objeto el conocimiento de la vida, la doctrina y las obras de los Padres de la Iglesia, aquellos grandes maestros, monjes y ascetas del cristianismo primitivo, formados en la cultura grecolatina clásica, que se consideraban “Hijos de los Apóstoles”. El título de Padre de la Iglesia se reserva, en sentido estricto, a los escritores cristianos que responden a cuatro características: antigüedad (tanto en Occidente como en Oriente se cierra hasta el s. VIII, es decir, que abarcan la “era patrística” habiendo pertenecido a la época de los siete primeros concilios ecuménicos); santidad de vida; universalidad o conformidad de su enseñanza con la de la Iglesia universal; y aprobación de la Iglesia, es decir, la que cita oficialmente su doctrina.¹ Poseedores de estas características, amén de una enseñanza eminentemente ejemplar para la Iglesia, están ocho reconocidos Doctores de la Iglesia: cuatro en la Iglesia Latina de Occidente y cuatro en la Iglesia Griega de Oriente. En la de Occidente se encuentran: San Gregorio Magno, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín; en la de Oriente están: San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Atanasio y San Juan Crisóstomo. Por motivos de espacio presentaremos únicamente a San Agustín y a San Juan Crisóstomo, cuyas personalidades han sido tremendamente importantes a través de los siglos.

San Agustín de Hipona, conocido como “La gloria de Occidente”
Vida

Nació en el norte de África en la ciudad de Tagaste, cerca de Hipona, es decir, en la actual Souk-Ahras, en Argelia, el 13 de noviembre del año 354 d.C. Era el África romanizada y Agustín fue testigo de la caída de Roma. De pequeño padeció de un “mal de pecho” tan grave que lo tuvo cerca de la muerte, pero del cual mejoró según palabras del propio San Agustín. Tal mejoría se dio luego de solicitar a su madre Mónica –ferviente cristiana que más tarde sería Santa Mónica– el bautismo (mismo que fue aplazado al ver la mejoría del niño). Estudió en escuelas de Tagaste y de Madaura, aunque no era buen estudiante y no toleraba las materias que tuvieran que ver con las Letras (como las Letras griegas) y las lenguas. Poco después gustó de las Letras latinas enseñadas por los *gramáticos*, quienes enseñaban lenguas clásicas con reglas fijas, y gustó también de la Literatura.

Siendo adolescente comenzó a apartarse de los estudios por preferir los juegos de azar y la juerga, lo que él llama “ilícitas concupiscencias”:

... hubo un tiempo en mi adolescencia, en que me abrasé por saciarme de las cosas de acá abajo y no temí convertirme en una selva de amores sombríos y diversos y se marchitó mi hermosura y me descompuise a tus ojos por agradarme a mí y

desear agradar a los ojos de los hombres.²

A los dieciséis años, ya preparándose en la ciudad de Cartago para estudiar Letras y Retórica –para lo cual su padre Patricio, un pequeño terrateniente pagano, hacía un sacrificio en la economía doméstica–, se dedicó a buscar amar y ser amado, pero cayó en el “fango de la concupiscencia carnal” al transgredir todas las leyes de Dios y, posteriormente, se quejó de que nadie de los suyos (de sus padres) lo detuvo, “sólo se preocuparon de hacerme aprender el arte de ha-

² San Agustín, Confesiones, Libro Segundo, Cap. I, 1, trad., introd. y notas de Francisco Montes de Oca, Editorial Porrúa, S.A., México, 1999 (“Sepan cuantos...”, Núm. 142), p. 19.



¹ Curiosamente, el término “patrología” fue creado en 1653 por el luterano Jean Gerhard y designa el estudio de las literaturas cristianas antiguas. “Patrística” es en su origen un adjetivo que caracteriza la teología y se reserva para el estudio doctrinal y la historia de las ideas.

blar lo mejor posible y de persuadir con la palabra.”³ Agustín consideraba que a esa edad, los dieciséis años, tenía mucha malicia, era ocioso y vicioso, como si hubiera sido un pecador sin freno. Fue en aquellos momentos que murió su padre y Agustín tuvo que regresar a Tagaste para procurar a su madre.

Logró ser correspondido en el amor. Tuvo una mujer, Floria Emilia, a la que le era fiel y con la que tuvo un hijo cuando tenía sólo diecinueve años: Adeodato. Vivieron en concubinato pues el maniqueísmo –doctrina de valoración dicotómica o dualismo ético: bien-mal, luz-tiniebla, espíritu-materia– al que se había adherido Agustín prohibía el matrimonio (al igual que la paternidad), estado que a ellos dos no les preocupaba. Su madre Mónica lo instaba constantemente a que contrajera matrimonio pero con otra mujer, “buena, pura y de su mismo nivel social”. Luego de que Agustín conviviera durante quince años con Floria Emilia, Mónica causó intrigas entre los dos amantes y los separó, obligando a la joven a regresar sola a África y dejar a su hijito al cuidado de ella y de Agustín. La separación fue desgarradora para ambos amantes, y a Agustín le tomó mucho tiempo y dolor sobreponerse a ello.

Comenzó a escribir algunos tratados. Fue profesor de Retórica en Tagaste, Cartago, Roma y Milán. En esta última ciudad conoció a Ambrosio, Obispo de Milán –uno de los que serían los cuatro principales doctores de la Iglesia Latina junto con San Jerónimo, San Gregorio Magno y San Agustín mismo– cuyas palabras en los sermones dominicales comenzaron a modificar su pensamiento y sentimientos acerca del catolicismo y de las Sagradas Escrituras. Se apartó de la astrología y del maniqueísmo no sin antes pronunciar dos panegíricos o sermones, uno en alabanza del franco Bautón y otro para el joven emperador Valentiniano II.

Agustín se hizo catecúmeno (discípulo) del catolicismo. Leyó los libros de los platónicos y siguió el neoplatonismo; leyó también a San Pablo y los Salmos, en fin, las Sagradas Escrituras completas. Con todo esto se preparó para el bautismo y a los 33 años fue bautizado en la Noche de Pascua –según se acostumbraba en aquel tiempo– junto con su hijo Adeodato (ya hecho un hermoso e inteligente adolescente) y su amigo Alipio, por Ambrosio, otro doctor de la Iglesia. Fue ordenado sacerdote católico y a los pocos meses murió su madre Mónica (después canonizada como Santa Mónica) en Ostia.

Regresó Agustín al África, a Tagaste, luego de una estadía en Roma. Dos años después, murió su hijo Adeodato, a la edad de dieciséis años. Agustín fue elegido presbítero y consagrado Obispo de Hipona. Pero esta ciudad católica ya estaba hecha un lío por obra de los donatistas, quienes introducían la discordia en la comunidad al apartarse de las autoridades católicas y sus preceptos por lo que, siendo numerosos y violentos, hacían muy difíciles las cosas para los católicos ortodoxos. Como Obispo, Agustín realizó su mayor esfuerzo para lograr la unificación. La autoridad romana terminó con la división religiosa y el Obispo Agustín lentamente se fue afirmando como la autoridad más importante en el Occidente cristiano, como “la conciencia de la Iglesia.” Se dedicó principalmente a la formación religiosa, es decir, a enseñar la palabra de Dios por medio de sermones en los que explicaba las verdades de la fe. Sus fundamentos han formado innumerables generaciones de maestros catequistas.⁴ Murió el 28 de agosto del año 430 d.C. al tiempo que Hipona era sitiada por los vándalos.⁵

Pensamiento

Luego de luchar con innumerables e intensas dudas internas y externas, amén de tener complicadas disertaciones con sus amigos más cercanos, Agustín de Hipona se convierte a la fe cristiana por convencimiento propio después de escuchar los sermones del Obispo Ambrosio. Se desprende entonces de sus pasiones corporales que lo mantenían encadenado y comprende que aquellas doctrinas que seguía no eran las más lógicas ni las más justas ni las más fidedignas. La lectura de las Sagradas Escrituras fue uno de los elementos más importantes –así como su fe en el Espíritu Santo– para su conversión, y el sentido de las Escrituras le fue revelado precisamente por el Obispo Ambrosio.

La virtud de ser un corazón y un alma unidos en Dios fue uno de sus principios. De jovencito, Agustín pensaba que en el alma existían la unidad de la virtud (principio del bien) y la discordia del vicio

(principio del mal). Posteriormente, ve esos dos principios como: a) la unidad del alma racional y la esencia de la verdad y del bien supremo, Dios, y b) la sustancia de la vida irracional y la naturaleza del mal supremo, sin Dios.

Buscaba constantemente conocer al verdadero Dios, para lo cual tenía una serie de ideas muy diversas y dispersas, conceptos imprecisos. Llegó a aplicar las categorías aristotélicas a Dios, cuando el objeto de estudio de éstas son los diferentes géneros del ser; ya se daría cuenta más adelante de que su error trataba de encuadrar y confinar a Dios, “¡Oh colmo de la perversidad!”.⁶

Reconoce (y luego rectifica y hasta refuta): que en su juventud creía que algo dentro de nosotros, de otra naturaleza, es lo que peca y no nosotros; que los filósofos llamados “académicos” habían sido más prudentes que el resto al sostener que se debía dudar de todo y que “ninguna verdad podía ser alcanzada por el hombre” (escepticismo típico de la Academia Nueva derivada de la Antigua, la de Platón y Cicerón; más tarde el espíritu de Platón en Agustín –y sus tesis espiritualistas– evolucionaría hacia el neoplatonismo –la reflexión del espíritu sobre su propia actividad–). Posteriormente refutaría en su ensayo *Contra Academicum* todo el escepticismo que tanto le hizo sufrir.

Poco a poco, por medio de las palabras del Obispo Ambrosio, Agustín fue sintiendo que en su espíritu penetraban las verdades que antes había rechazado y comenzó a aceptarlas en su corazón: las ideas del Obispo de Milán le parecían razonables y “sostenibles”. Del neoplatonismo pasó a la fe. La fe de Agustín se volvió católica y comenzó a entender las Sagradas Escrituras por medio de la interpretación espiritual de las exégesis de Ambrosio, pues “tomadas por mí a la letra, me ocasionaban la muerte” –ya posteriormente manejaría, al igual que San Gregorio Magno, la teoría de los cuatro sentidos en las Escrituras: literal, alegórico, moral y místico–.⁷ Luego de muchas vacilaciones, había decidido hacerse catecúmeno en la Iglesia Católica, “hasta tanto que alguna certeza me mostrara con su luz adónde dirigir mis pasos.”⁸ Se dio cuenta de la falsedad de sus creencias anteriores y de quienes lo habían engañado con sus doctrinas inciertas, “podía sanar creyendo”.

Comenzó a percibir la incorruptibilidad y la omnipresencia divina; a entender el libre albedrío de la voluntad como causa del mal; a tener la humildad e inteligencia de comprender que el Verbo se hizo carne; reconoció a Dios como Ser Absoluto y estuvo seguro de que existe y de que es infinito, y leyó con devoción a San Pablo gracias a quien, luego de una tremenda crisis interior en el jardín de una casita de Milán en la que vivía, decidió seguir a Cristo:

“... leí en silencio el primer capítulo en que se posaron mis ojos: ‘No en comilonas ni en borracheras, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias, antes vestíos del Señor Jesucristo y no os deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias.’ No quise leer más, ni era necesario. Al instante, con las últimas palabras de ese pensamiento, como si una luz de seguridad se hubiese difundido en mi corazón, se disiparon todas las tinieblas de la duda.

.....
De tal modo me convertiste a ti, (...). Estaba de pie sobre la regla de fe”.⁹

En el siglo VIII el rey de los Lombardos, Luitprando, trasladó el cuerpo de Agustín desde Hipona hasta Pavía, cerca de Milán, en donde se edificó su tumba en la iglesia de *San Pietro in Ciel d'Oro*. Sólo algunos fragmentos de reliquias suyas fueron depositados en Hipona hasta el siglo XIX, cuando fue canonizado.¹⁰

Obra

De pulchro et apto.- Habla de lo Bello y lo Conveniente, es decir, lo que parece bien por sí mismo y lo que parece bien por su acuerdo con otra cosa. Obra primeriza escrita en forma de diálogo.

Soliloquios.- Obra de meditación en la que se dirige a la razón. Es considerada obra preparatoria para las *Confesiones*. Desea conocer a Dios y al alma. Escrita en forma de diálogo.

De immortalitate animae.- Obra escrita en diálogo.

De beata vita.- Obra escrita en diálogo.

De ordine.- Pasajes autobiográficos.

Enarrationes in Psalmos.- Es una serie de sermones que Agustín fue pronunciando a su paso por distintas ciudades en los que aprovecha

3 *Ibíd.*, Libro Segundo, Cap. II, 4, p. 20.

4 Adalbert-G. Hamman, *Para leer Los Padres de la Iglesia*, nueva ed. revisada y aumentada por Guillaume Bady, trad. Santiago García Rodríguez, Editorial Desclee De Brouwer, Bilbao, 2009, pp. 106-107.

5 Louis Réau, *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos*, t. II, vol. 3, trad. Daniel Alcoba, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1997 (Cultura Artística, Núm. 6, dirigida por Joan Sureda i Pons), p. 37.

6 San Agustín, *Op. cit.*, p. 61.

7 Hamman, A.G., *Op. cit.*, p. 56.

8 San Agustín, *Op. cit.*, p. 78.

9 *Ibíd.*, pp. 132-133.

10 Réau, L., *Op. cit.*, p. 37.

para hablar en su defensa y en contra de sus enemigos. Menciona que la finalidad del Sacramento de la Confesión es doble: una es la del pecado y otra es la de la alabanza.

Epístola a los Romanos.- Habla de la “gracia”, sin la cual no se logra la libertad para hacer el bien porque debe penetrar en el corazón para obtener la buena voluntad. De ahí parte para llegar a la “gracia divina”.

De utilitate credendi.- Habla de la importancia e influencia que tuvieron en él los sermones del Obispo Ambrosio, reconociendo que lo hicieron cambiar en algunas cuestiones y que cada vez deseaba saber más sobre el Antiguo Testamento.

Contra Academici.- Habla de la desesperanza de muchos de encontrar la verdad por culpa del escepticismo.

Confesiones.- Es una autobiografía íntima y profunda, de experiencias externas e internas de Agustín. Él mismo las reconoce como las obras que “alaban al Dios justo y bueno” con sus acciones buenas y malas. Relata sus errores, dudas, terrores, exhortaciones, consolaciones y milagros que lo llevaron al Cristianismo. Declara que, a partir de ese momento, su vida sería teocéntrica, para poder servir a Dios en el más estricto sentido.

Sacramentorum altitudinem.- Trata de la interpretación espiritual de las Sagradas Escrituras por parte del Obispo Ambrosio y se remonta hasta Orígenes y San Pablo. Dice que los textos que contiene la Biblia y los hechos que narra pueden ser interpretados de dos maneras: una literaria y la otra espiritual. Con esta última se ve una enseñanza sobre la vida celestial y la vida cristiana.

De Genesi ad litteram.- Es una exégesis alegórica del libro bíblico del Génesis.

De catechizandis rudibus.- Habla del trabajo del catequista, cuya primera obligación es mostrar al neófito el cuidado que Dios tiene de él a través de todas las pruebas existentes. La segunda obligación del catequista es enseñar que las Sagradas Escrituras son el mejor camino para llegar a Dios y el oráculo más seguro.

De Trinitate.- Es un Tratado largamente meditado que interrumpió por mucho tiempo y que retomó, finalmente, cuando Agustín ya era viejo. Sus reflexiones son sobre teología y mística. En primer término expone el dogma trinitario; posteriormente, busca a Dios en la creación y en el hombre mismo. Termina presentando la renovación de la imagen de Dios en nosotros por la “gracia divina”.

De opere monachorum.- Habla ya como sacerdote. Dice que, al servir en distintas iglesias, el arduo trabajo los fatiga y, en ocasiones, contraen algunas enfermedades. Por ello, preferiría dedicar una cantidad de horas al día al trabajo manual y el resto del día a la lectura de oraciones y de las Sagradas Escrituras.

Doctrina cristiana.- Establece los principios de lo que hoy se llama “homilética”, es decir, explica los razonamientos para entender las materias de religión por medio de algunos pasajes sacados de las homilías de los Padres y Doctores de la Iglesia católica.

Retractationes.- Es una crítica severa de un Agustín anciano, como si pretendiera “purificar” todo lo escrito anteriormente de malas interpretaciones.

De Civitate Dei.- Está considerado como una meditación, como una teología de la historia universal. Fue escrito a lo largo de catorce años con múltiples digresiones que confunden al lector porque se entrecruzan. El título está tomado del Salmo 86,3: *Muchas gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios. Selah.*¹¹ Habla de la ciudad de la tierra y de la ciudad del cielo; de la Iglesia, el Estado, el pueblo de Dios y los no creyentes, que marchan “desde el principio del género humano hasta el fin del mundo. La ciudad terrena es la sombra de la ciudad celeste.

También escribió:

De predestinatione sanctorum

De gratia et libero arbitrio

De baptismo

Epístolas varias

Contra Faustum

Acta cum Felice

Contra litteras Petiliani

De Sancta virginitate

De unitate Ecclesiae

San Juan Crisóstomo, conocido como “Boca de oro”
Vida

Fue uno de los grandes jerarcas de la Iglesia Griega del siglo IV.

¹¹ *Sagrada Biblia*, 38ª ed., versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nacar Fuster y Alberto Colunga Cueto, O.P., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1978, p. 775.



Nació en la Siria helenística, en su capital Antioquía, entre los años 344-349 d.C. en el seno de una familia de alta condición social. Su padre murió cuando él era muy pequeño y su joven madre Anthousa lo educó en la religión cristiana.

Desde adolescente Juan tuvo excelente enseñanza: estudió retórica con el maestro Libanio, célebre sofista o maestro de retórica que enseñaba el arte de analizar el sentido de las palabras y que era considerado gloria de Antioquía. Luego de recibir el bautismo a los 19 años, Juan estudió en la escuela de Diódoro de Tarso quien era exégeta de profesión, conocido por haber comentado todos los libros del Antiguo Testamento, por ser maestro del pensamiento y un hombre sencillo y muy respetado por la calidad de su enseñanza. En ese medio, Juan tuvo como compañero a Teodoro de Mopsuestia, uno de los más grandes maestros de Antioquía cuyas obras de método riguroso permitían apreciar su ortodoxia y daban una tipología o clasificación para poder interpretar el Antiguo Testamento. En la escuela de Diódoro de Tarso, Juan se consagró a la exégesis y a la vida ascética, se hizo lector de la iglesia de Antioquía y, posteriormente, dejó la ciudad para ponerse bajo la dirección de un asceta en el desierto y vivir como tal, solo en una gruta —existe una leyenda alemana del siglo XV que dice que en realidad se retiró a hacer penitencia porque había seducido a una princesa que concibió un hijo suyo; que en el desierto Juan se dejó crecer los cabellos y anduvo desnudo y en cuatro patas como si fuera un animal salvaje, de ahí que algunos lo confundan iconográficamente con San Onofre—.¹² Ahí permaneció Juan durante dos años en los que se dedicó a escribir.

Pasado ese tiempo, Juan regresa a Antioquía y es ordenado diácono por el Obispo Melecio antes de cumplir los cuarenta años. Cinco años después sería ordenado presbítero y se consagró a la predicación para la cual resultó tan bueno que se hizo famoso —de hecho, fue motejado “Crisóstomo”, que significa “Boca de Oro”, a causa de su elocuencia—.¹³ Esto llamó la atención de Constantinopla, donde fue requerido para nombrarlo Obispo y suceder al Obispo Nectario, Patriarca de Constantinopla. Una vez ahí y en ese cargo, el Obispo Juan Crisóstomo tuvo una actuación contraria a su predecesor, es decir, suprimió el lujo eclesiástico por la sencillez; atacó el lujo de la corte por insultar la miseria del pueblo; reformó el clero e “inculcó las costumbres cristianas en una sociedad todavía pagana”.¹⁴

La emperatriz Eudoxia no toleró los atrevimientos de Juan y planeó arruinarlo. Para ello obtuvo la complicidad de Teófilo de Alejandría, gobernante cristiano de todo Egipto que luchó contra los cultos paganos y destruyó sus templos, quien acusó falsamente a Juan ante el concilio de Chena, cerca de Calcedonia, para que éste lo depusiera de su cargo y lo desterrara en el año 403. Hay textos que dicen que sufrió la amputación de la mano derecha —al igual que San Juan Damasceno— y que después se le reimplantó¹⁵, pero se ignora si esto fue verdad. Ante esto, se levantó un movimiento popular que lo hizo regresar pero, luego de dos meses, nuevamente se le levantaron falsos cargos y fue detenido en plena celebración de Pascua. Se le desterró definitivamente a Cúcusa, en la Baja Armenia, y luego se le envió a la fortaleza de Arabissos, en el extremo oriental del mar Negro, a donde nunca llegó pues murió de fatiga en el camino en el año de 407, dando gracias a Dios por todo.

Treinta años después su cuerpo fue trasladado a Constantinopla y su cráneo llevado al Monte Athos donde, al parecer, aún se conserva en el convento de Vatopedi.¹⁶

12 Louis Réau, *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos*, t. II, vol. 4, trad. Daniel Alcoba, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1997 (Cultura Artística, Núm. 7, dirigida por Joan Sureda i Pons), p. 176.

13 *Ídem*.

14 Hamman, A.G., *Op. cit.*, p. 88.

15 Réau, L., *op. cit.*, t. II, vol. 4, p. 176

16 *Ídem*

Pensamiento

La justicia social y la caridad para con los desheredados fue muy importante para San Juan Crisóstomo. Decía a los ricos:

Tú veneras el altar de la Iglesia cuando el cuerpo de Cristo ha bajado a él. Pero al otro, que es el cuerpo de Cristo, tú lo desprecias y te mantienes indiferente cuando muere de hambre.¹⁷

En sus escritos varios y *Homilías* se observa que San Juan Crisóstomo puso su elocuencia al servicio del Evangelio y del pueblo cristiano para reformar la sociedad que le tocó y que, a pesar de ser cristiano, seguía mostrando comportamientos paganos. Así, llegó a la profundidad del corazón humano y adaptó su sapiencia a las situaciones tan diversas que se presentan en la vida: a los religiosos les inculcaba la ardua batalla que significa la virginidad, así como a los padres y maestros les inculcaba la belleza e importancia de su papel como modeladores de un ser.

Existe una representación en miniatura de un manuscrito griego del *Comentario de las Epístolas de San Pablo* en el que San Juan Crisóstomo está leyendo en un rollo su *Comentario* y de éste brota la Fuente de la Sabiduría, de la que abrevan tanto sacerdotes como fieles. La misma imagen está representada en un fresco de una iglesia de Moldavia.

Obra

Durante su penitencia como asceta en el desierto San Juan Crisóstomo escribió: *Contra los adversarios de la vida monástica*, *De la Virginidad* y *A una joven viuda*. Más tarde, al prepararse para ser ordenado presbítero, Juan escribió *Sobre el sacerdocio*, considerado un clásico de la Iglesia.

También escribió gran cantidad de Homilías (cerca de setecientas) sobre los Libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. De esa manera, fue explicando por medio de razonamientos las Sagradas Escrituras para una mejor comprensión del pueblo, pues insistía en que el pueblo cristiano siempre tiene más necesidad de éstas que los clérigos. Un ejemplo de ello es su *Homilía 82 sobre Mateo*:

¿Quién contará las maravillas del Señor y hará oír todas sus alabanzas? ¿Qué pastor alimenta a sus ovejas con su propia carne? Mas ¿qué digo pastor? Madres hay que muchas veces, después de los dolores de parto, dan a criar sus hijos a otras nodrizas. No consintió eso el Señor, sino que él mismo nos alimenta con su propia sangre y por todos los medios nos une estrechamente consigo.

.....
No seamos, pues, tibios después que tal amor y tal honor se nos ha concedido. ¿No veis los niños pequeñuelos con qué fervor se pegan al pezón? Acerquémonos así también nosotros a esta sagrada mesa y al pecho del cáliz espiritual; o, más bien, con mucho mayor fervor que los niños de pecho, atraigamos la gracia del Espíritu Santo y sea nuestro único dolor no participar de este alimento.¹⁸

San Juan Crisóstomo tiene también como autor preferido, al igual que San Agustín de Hipona, a San Pablo y comentó todas sus epístolas de manera excepcional en *Comentario de las Epístolas de San Pablo*, el cual fue ampliamente reconocido en su perfección de estilo por el egipcio Isidoro de Pelusa, quien fuera autor de cerca de 2000 cartas y admirador de las Epístolas de San Pablo.

Luego de esto, sólo puedo concluir que considero que se les debe un absoluto respeto a los Padres de la Iglesia por su fuerza de voluntad, sus incertidumbres, sus preguntas constantes, su preparación tan acuciosa, la claridad de pensamiento, su afán por la lectura en general y por la explicación de las Sagradas Escrituras, su sabiduría, su fe y sus valiosos escritos que, hoy en día, nos iluminan y nos transportan a su tiempo. Independientemente de las creencias religiosas de cada individuo.

17 Hamman, A.G., *op. cit.*, p. 89

18 *Ídem*.

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez

Luis Miguel Morayta Mendoza

Giselle Canto Aguilar

Israel Lazcarro Salgado

Raúl Francisco González Quezada

Laura Elena Hinojosa Hinojosa

Coordinación editorial de este número: Laura Elena Hinojosa Hinojosa



el tlacuache

INAH 

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos